

## SEMBLANZA DEL P. PEDRO MAX ALEXANDER, OSB *Mamerto Menapace*<sup>1</sup>

Era un apasionado de la Biblia. La leía permanentemente. En hebreo: la primera Alianza, y en griego el Nuevo Testamento. Y desde esa base, solía hacer incursiones por la aritmética bíblica. Tanto que en comunidad le tomábamos un poco el pelo (¡porque en realidad le iba quedando poco pelo disponible!) por esta afición a la quiniela bíblica de los números.

Si hasta Dios se lo tomó en cuenta: en su internación, al salir momentáneamente de terapia intensiva ocupó la pieza número Siete (7): número de la perfección, a la que se estaba acercando. Internación que duró cuarenta (40) días, hasta llegar a su Pascua.

Estábamos en Paraguay reunidos todos los capitulares, habiendo comenzado esa tarde del lunes 11 de abril nuestra primera sesión. Por la nochecita, luego de la cena, nos llegó la noticia de su partida. Los últimos partes médicos sobre su gravedad nos habían ya prevenido que esto podía suceder en cualquier momento. Pero no por ello dejó de impactarnos a todos la coincidencia entre nuestra Asamblea, y su encuentro con la Asamblea de los ángeles.

El martes por la mañana teníamos previsto que el abad Carlos Oberti, superior del monasterio *senior* de nuestra Congregación, presidiría la Misa del Espíritu Santo con lo que se abriría la sesión de las elecciones de las nuevas autoridades de nuestra Congregación. La Pascua del P. Max nos cambió todo: la Misa fue de exequias y presidida por el Abad Osvaldo de Los Toldos, y en ella pedí hacer una pequeña semblanza de nuestro Hermano para todos los presentes.

No hubo ningún dramatismo. San Benito nos aconseja tener siempre suspendida ante nuestros ojos el momento de nuestra muerte, como un buen instrumento de nuestro diario obrar. Si bien puede entristecernos y hasta angustiarnos el momento de la muerte en sí mismo, nos debe alegrar lo que nos espera para el después de la muerte. Jesús mismo usaba el ejemplo de la mujer en su parto: se angustia porque ha llegado el momento del paso, pero se alegra por la llegada de la vida. En ese clima celebramos la Eucaristía de apertura de nuestro Capítulo General, y el final del capítulo de la vida terrenal de Max.

A mi regreso del tercer año de teología en Chile en diciembre de 1964, lo encontré ya ingresado en el monasterio de Los Toldos. Nos llevábamos solo quince días de diferencia en cuanto a la edad. Y desde entonces fuimos compartiendo todos estos años, a veces juntos en el monasterio, y otras distantes físicamente pero muy unidos fraternalmente. Poco a poco fui conociendo el misterio de su vida, tan rica de Dios y del afecto que se supo granjear con los demás, y al mismo tiempo de una honda soledad en su realidad personal. Misteriosamente (en el sentido auténtico de la palabrita misterio) unos meses atrás, él mismo escribió un resumen de su trayectoria tan rica de Dios. Este escrito sale en este número de *Cuadernos Monásticos*.

Solo unos días antes de ingresar a la vida monástica a sus 22 años se enteró por boca de sus propios padres del origen judío de su familia, y de todos los sufrimientos que ellos habían padecido durante la persecución nazi. Su padre logró huir y emigró a Bolivia luego de ver morir a su esposa en el Campo de concentración, donde también quedó prisionero su hijo mayor hasta que logró él también huir del horror. Desde Bolivia se casó por poder con la que sería su nueva y joven esposa para que ella pudiera salir de Europa y encontrarse ambos en Sudamérica. Allí nacería el día 10 de febrero del año 1942 el pequeño Pedro Max Alexander. Su papá se llamaba Ignacio Alexander con un apellido típicamente judío. Prefirió ocultarlo asumiendo su segundo nombre como apellido, y así fue inscrito su hijo con el apellido Alexander. No solo eso, sino que para que viviera lo hicieron bautizar, aun conservando ellos su realidad de esposos judíos. Mucho después se harían bautizar ellos mismos ya en Argentina, casándose sacramentalmente como cristianos. Max siempre insistía en que cuando un judío se bautiza, no es que se “convierta” sino que simplemente reconoce en Cristo la plenitud de la esperanza que mantiene a todo judío unido a las promesas hechas a los patriarcas, confirmadas por los profetas y cantadas en los salmos.

En su escrito que publicamos en este número en forma póstuma, él cuenta bellamente y hasta en forma poética toda esta parte de su historia y de sus raíces. Finalmente sus padres se radican en Mar del Plata y allí entablan una profunda amistad con Mons. Rau, y luego de una manera muy cercana con Mons. Eduardo Pironio, y luego con Mons. Rómulo García. Misteriosamente su papá, Don Ignacio muere repentinamente en una visita que hace a su hijo en el Monasterio de Los Toldos el 25 de marzo de 1986 en plena preparación a la Pascua y es enterrado en nuestro cementerio. Ahora su hijo Max descansa en la misma tierra a su izquierda. Mientras que su madre, al poco tiempo de quedar viuda profesa como monja benedictina en la Comunidad de Santa Escolástica, y allí, con el nombre de Hermana Benedicta descansa esperando la resurrección junto a sus hermanas.

El que tenga oídos para oír, escuche lo que el Espíritu dice a nuestras comunidades.

*Monasterio de Santa María  
Los Toldos – Prov. de Buenos Aires  
Argentina*